

Maria, fuente de Espiritualidad

Georgina Zubiría, rscj

La búsqueda de Dios que están realizando muchas mujeres y hombres de hoy nos habla, entre otras cosas, de la necesidad que tenemos de una espiritualidad que dé sentido y orientación a nuestra vida.

Al hablar de espiritualidad me estoy refiriendo a una experiencia dinámica e histórica, capaz de colmar de sentido tanto los gozos como los sufrimientos de la humanidad, una experiencia que nos remita a la trascendencia desde la frágil y limitada condición humana y desde el acontecer cotidiano de nuestro mundo. Comprendo la espiritualidad como una experiencia que, al ir totalizando nuestra vida, puede ofrecernos pautas que orienten nuestro caminar hacia una existencia personal y social más plena, más justa, más solidaria y corresponsable.

Desde la fe cristiana podemos decir que la espiritualidad se refiere a la vida en y desde el Espíritu Santo que habita nuestro corazón (Rom 5,5), nuestro cuerpo (1Cor 3,16) y nuestro mundo (Rom 8,18 ss). Espíritu que es fuente de vida, que es amor y comunión, que es consuelo y presencia creadora.

Desde esta comprensión de la espiritualidad quiero mirar hoy a María como manantial de vida en el Espíritu, como fuente de la que

podemos beber y aprender a vivir como hijas e hijos de Dios aquí y ahora, en el tiempo y en el espacio en los que nos ha tocado vivir, como pozo en el que podemos saciar nuestra sed de espiritualidad.

Quiero poner mis ojos en María porque voy descubriendo con gozo que, a lo largo de la historia, la hemos confesado como la primera persona que, en su humanidad, se realizó plenamente¹. María no es Dios, ella no es una de las tres personas divinas y, sin embargo, desde los orígenes del cristianismo, la reconocemos y la celebramos como mujer que, por libre decisión, se incorpora al proyecto de Dios. La espiritualidad de María, la vida que vivió en y desde el Espíritu la fue llevando a participar de manera definitiva y totalizante en el misterio trinitario de Dios.

1. Espiritualidad que nace de la experiencia

Si pudiésemos escuchar a María narrando las experiencias de las que nació y se alimentó su espiritualidad, muy probablemente hablaría de la situación del pueblo israelita y de la actuación de Dios en su historia. También nos hablaría de Jesús, del movimiento que él desencadenó y de la iglesia naciente. Lamentablemente esto no puede ser así pues son muy escasos los datos históricos que sobre ella nos han llegado. Sin embargo, a través de los relatos evangélicos elaborados a la luz del acontecimiento pascual, podemos atisbar algunos rasgos de la experiencia de María².

Con agradecimiento y reverencia ante el misterio humano y divino que envuelve la espiritualidad de esta mujer judía, es posible recrear imaginativamente -con la libertad que nos da el Espíritu que sigue revelándonos la Buena Nueva de Dios-, las experiencias que fueron forjando y madurando su espiritualidad.

¹ NAVARRO M. – PIKAZA, X., *Persona*, En: Nuevo diccionario de Mariología, Paulinas, Madrid, 1988.

² Para profundizar en la exégesis y en la teología de los mismos se puede consultar: APARICIO, A. (Ed.), *María del Evangelio. Las primeras generaciones cristianas hablan de María*, Claretianas, Madrid, 1994. MICHAUD, J. P., *María de los evangelios. Verbo Divino*, Cuad. Bíblicos No. 77, Estella, 1997. SERRA, A., *Biblia en: Nuevo diccionario de Mariología*, Paulinas, Madrid, 1988. BOJORGE, H., *La figura de María a través de los evangelistas*, Sal Terrae, Santander, 1984. Mc. HUGH, J., *La madre de Jesús en el Nuevo Testamento*, DDB, Bilbao, 1979. PIKAZA, X., *Amiga de Dios. Mensaje Mariano del Nuevo Testamento*, San Pablo, Madrid, 1996.

1.1. Experiencia de 'anawim

La espiritualidad de María nace y se alimenta en el seno de la experiencia acumulada de los 'anawim, del pequeño resto de Israel que había conservado y transmitido la memoria histórica de la promesa, de la alianza y la liberación³ en contextos de opresión, empobrecimiento y esclavitud.

La identidad de María estuvo profundamente vinculada a los pobres de Yahvé quienes, generación tras generación, renovaban su esperanza en el cumplimiento de la promesa de Dios, en la realización histórica de la Salvación.

Desde aquí podemos anotar dos rasgos fundantes de la espiritualidad de María. El primero es que se trata de una espiritualidad ligada íntimamente al Dios de Israel, a Yahvé que elige al pueblo por puro amor (Dt 7,7-8), en absoluta e incondicional gratuidad. El segundo rasgo es que esa espiritualidad surge desde dentro de un pueblo pobre que, históricamente, ha sido despojado de su tierra, del poder para decidir su propio destino, de su libertad.

La experiencia de María como creyente y empobrecida desencadena en ella un proceso espiritual que posteriormente la llevará a elegir, con lucidez y autonomía, el realizarse como mujer al servicio. Pero no a cualquier servicio sino sólo al servicio de Dios y de su proyecto de vida y liberación. Es así como María, la 'anawim, inaugura una nueva espiritualidad a través de la cual se irá realizando como mujer nueva, como persona autónoma, como primera creyente.

1.2. Experiencia de frontera

La espiritualidad de María se forja y acrisola desde una experiencia de frontera. Ya nos lo dice Pablo en su carta a los gálatas: "Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de mujer, nacido bajo la ley." (4,4s).

Históricamente, María se sitúa en la intersección de los dos testamentos, entre el judaísmo tradicional y la novedad de Dios

³ ESCUDERO FREIRE, Carlos. Devolver el Evangelio a los pobres, Sígueme, Salamanca, 1978, 220.

proclamada y realizada por Jesús. María vive en el límite del antiguo pueblo de Israel⁴ y la nueva comunidad cristiana.

Con sutil delicadeza, Lucas pudo percibir la experiencia de frontera que vivió María y, tal vez por eso, por contraste con la espiritualidad antigua de Zacarías que había madurado desde el templo (1,18ss), nos habla de la casa como espacio nuevo y privilegiado en el que María descubre, alimenta y comparte su personal espiritualidad (1,40; Cf. 1,28; Hch 1,13).

La experiencia de María la lleva a anunciar que una espiritualidad nueva, capaz de llenar la vida de sentido y de dinamizar todas las potencialidades humanas, no es una espiritualidad cimentada en los ritos y en el culto sino en el diálogo personal con Dios, en el proyecto que se atisba en ese diálogo y en las relaciones nuevas que genera con el pueblo, con Dios, con la persona misma.

1.2. Experiencia de la sabiduría

Un referente primordial que descubrimos en la espiritualidad de María es su experiencia sapiencial comprendida como vida interior habitada, como soledad acompañada, como tiempo y espacio de encuentro con Dios en profunda y auténtica verdad.

La experiencia que María iba teniendo de la irrupción de Dios en su vida personal y en la vida de su pueblo, la experiencia de relación cotidiana con José y, luego, con Jesús, la experiencia del dinamismo suscitado por la práctica de su hijo —como seguimiento y persecución—, la experiencia del asesinato injusto, del doloroso silencio del sábado santo, de la irreversible certeza de la resurrección, fue para María manantial inagotable de espiritualidad sapiencial.

Sus gozos y sufrimientos, sus dudas y sus certezas, sus incomprensiones y sus esperanzas pasaban siempre por el núcleo de su persona: su corazón. Ahí gustaba internamente los acontecimientos, los dialogaba con Dios, los discernía a la luz del Espíritu creador.

La experiencia de María circulaba continuamente, como en espiral. Las llevaba al corazón para procesarlas sapiencialmente y, después, exteriorizarlas proféticamente.

⁴ Simbolizado en el evangelio de Lucas, por Isabel y Zacarías.

Con gozo agradecido descubrimos en la espiritualidad mariana un proceso sapiencial que hoy nos lleva a confesar su corazón como el corazón humano más próximo al corazón de Dios.

1.4. Experiencia de la justicia

La interdependencia de experiencias, el diálogo entre las raíces fundantes, la frontera y la sabiduría; la interpelación recíproca entre ellas, hizo madurar en María su experiencia como mujer profética. Lucas condensa poéticamente esta experiencia en el Magnificat.

En su canto, María proclama proféticamente el proyecto de Dios y las preferencias irreversibles de su corazón. Proyecto y preferencias que se realizan de manera finitiva en la frontera de la nueva humanidad inaugurada a través de María.

Ella, por experiencia propia, reconoce y celebra la participación irrenunciable de las mujeres en el proyecto de Dios. Si el resto fiel ya confesaba su fe en la participación comprometida de Dios en la historia a través de lo humano, María, como parte del pueblo de Yahvé –pero en contraste con la visión tan devaluada que se tenía de las mujeres–, anuncia con gozo que ellas tienen un puesto protagónico y una misión activa en la realización del querer de Dios.

En continuidad con las mejores tradiciones de Israel, y en ruptura con el judaísmo rabínico, María anuncia y revela la santidad de Dios como eterna misericordia que se historiza a través de lo humano y, de manera privilegiada, en lo marginal, lo desposeído, lo olvidado.

El Poderoso revela su rostro en la empobrecida e impotente mujer de Nazaret. En ella muestra y realiza la Salvación. La vida de María, símbolo de lo humano, de los humildes y las marginadas, es gloria de Dios y fuente de alegría para la humanidad entera.

Fruto de la experiencia espiritual de María es, también, su anuncio del proyecto de Dios y de sus preferencias. Al proclamar que Dios desea el engrandecimiento de los humildes, la saciedad de los hambrientos y la cercanía divina con quienes viven en fidelidad, María afirma la equidad que ama Dios y anticipa la necesaria justicia en la comunidad de iguales pues, para que ésta sea posible los ricos, en lugar de recibir, deben compartir; los poderosos, en lugar de enaltecerse, tienen que abajarse; los soberbios, en lugar de endurecer

más su corazón, deben reconocer su necesidad de Dios, misericordia entrañable.

2. Espiritualidad que se expresa a través del cuerpo

La fidelidad de María al Espíritu que la habita se expresa en su cuerpo. Sabemos que el ser humano, varón y mujer, es por excelencia imagen y semejanza de Dios y que, por tanto, Dios se comunica a través de los cuerpos humanos. María, en sus gestos y palabras, en sus acciones y actitudes corporales nos muestra y nos da a Dios.

Lamentablemente venimos arrastrando, por siglos, una visión dualista de la realidad, del ser humano, del cuerpo y de la sexualidad. Esta visión ha afectado negativamente, y de manera muy profunda, a las mujeres y, con ellas, a María. A pesar de que en este marco se inscriben algunas formulaciones dogmáticas marianas⁵, quiero arriesgarme a recuperarlas como expresión simbólica de la espiritualidad que María nos comunica a través de su cuerpo.

2.1. La madre

Desde los comienzos de la Iglesia, e incluso durante la vida histórica de Jesús, María fue reconocida como su madre.

Durante los primeros siglos, esta afirmación elemental fue adquiriendo relevancia con la intención de afirmar la verdadera humanidad de Jesús y el abajamiento o la kénosis de Dios⁶.

Hoy, a la luz de la profundización que hacemos de la espiritualidad que María nos descubre a través de su cuerpo, encontramos en su maternidad una clara expresión de la dimensión eucarística de la espiritualidad. María entrega física y realmente su carne y su sangre en favor de la vida.

Esta entrega aparece, ya en los evangelios, como fruto de una decisión libre, lúcida y personal de María, (Lc 1, 26-38). Aparece,

⁵ Cf. AIELLO, A.G., *Dogmas* en: AA.VV., *Nuevo diccionario de Mariología*, Paulinas, Madrid.

⁶ Para este apartado se recomienda la lectura de algunos breves artículos que aparecen en el *Nuevo Diccionario de Mariología*. Por ejemplo: *Padres de la Iglesia, Madre, Virgen, Inmaculada, Asunción*.

también desde el principio, como una decisión subordinada al proyecto de Dios sobre María (Lc 1,48ss) y sobre la humanidad entera (Lc 11,27-28). La maternidad de María es consecuencia de un discernimiento en el que incluye su fe en Dios y su pertenencia al pueblo empobrecido y marginado; es realización eficaz de la Palabra de Dios fusionada con la palabra de María.

De aquí que la espiritualidad que percibimos a través del cuerpo materno de María es una espiritualidad que surge y se alimenta del proyecto de Dios en favor de la vida del Hijo para la vida de la humanidad. Una espiritualidad labrada en el diálogo y la libertad, madurada en el seno de la confusión y la certeza; plenificada en el proceso de crecimiento y de realización de María como persona humana.

2.2. La virgen

El resultado de la exégesis moderna sobre los textos marianos del Nuevo Testamento⁷ y la profundización sobre la evolución histórica del pensamiento sobre la virginidad de María⁸ nos impulsan a rebasar los reduccionismos biologicistas y las interpretaciones racionales que se han hecho sobre la virginidad de María, para mirarla desde su dimensión simbólica acogiendo, con respeto y agradecimiento, el misterio que envuelve nuestra confesión de fe.

La afirmación subyacente a la proclamación de María como “la Virgen” es que Jesús no sólo es hijo de María sino que es el Primogénito de Dios. Con esto se anuncia que María inaugura un modo nuevo de relación con Dios, relación que totaliza y plenifica su vida.

Ya los profetas habían denunciado la idolatría del pueblo de Israel, lo señalaban como un pueblo prostituído que se entregaba a dioses que admitían la injusticia, el abuso sobre los extranjeros, las viudas y los huérfanos, y la riqueza robada a las mayorías empobrecidas.

⁷ Cf. BROWN, Raymond E., et alli., *María en el Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca, 1986.

⁸ Cf. DE FIORES, Stefano, *María en la Teología contemporánea*, Sígueme, Salamanca, 1991. TONIOLO, E., *Padres de la Iglesia*, en: *Nuevo diccionario de Mariología*, Paulinas, Madrid, 1988. GARCIA PAREDES, JOSE C. R., *Mariología*, BAC, Col. Sapientia Fidei, Madrid, 1999.

Desde esta perspectiva, la virginidad de María puede ser comprendida como absoluta fidelidad a Dios y a su proyecto, como radical apertura a la vida de Dios en favor de la vida de la humanidad y, por tanto, como mujer que, en su cuerpo, es transparencia de Dios.

Confesar la virginidad de María es acoger el misterio de Dios que se vacía en los límites del cuerpo humano femenino, es recuperar la convicción cierta de que Dios se manifiesta gratuitamente a través de lo humano, es agradecer y celebrar las posibilidades del Espíritu que se comunica y se da a través de los gestos y actitudes, las palabras y las acciones de una mujer de nuestra historia, de nuestra raza y condición.⁹

2.3. La llena de gracia

En un intento por superar la visión negativa que se tenía de la sexualidad como pecado que mancha indeleblemente, es importante hablar de la "Inmaculada" de manera positiva, es decir, como la mujer "llena de gracia", la mujer en cuyo cuerpo – persona, Dios habita.

La Iglesia, al proclamar hoy que María fue concebida llena de gracia, recupera la positividad del cuerpo de las mujeres y de la sexualidad humana. Al mismo tiempo celebra y agradece el don de Dios que gratuitamente habita el cuerpo humano con su Espíritu que es amor y relación, consuelo y fortaleza, apertura y creatividad, compañía en comunión profunda.

Al confesar hoy la Inmaculada Concepción de María, celebramos a la mujer –y con ella al género humano- que está habitada por el espíritu y habilitada para compartir la Plenitud de Vida en Comunión¹⁰. Al mismo tiempo, al confesar su fe, cada creyente se compromete a hacer de su cuerpo mediación del Espíritu de Dios, Espíritu que requiere de nuestros cuerpos para expresarse en esta historia nuestra hasta que Dios llegue a ser todo en todas las cosas, hasta que la humanidad llegue a ser una en Dios (Jn 17,21).

⁹ Será interesante escuchar las reflexiones que algunas mujeres nos comparten sobre los dogmas. P. Ej. GEBARA, Ivone – BINGEMER, María Clara, María, mujer profética, Paulinas, Madrid, 1987. GOMEZ-ACEBO, Isabel (Ed.), María, mujer mediterránea, DDB, Bilbao, 1999.

¹⁰ Más adelante profundizaré en esta expresión como metáfora de la Trinidad.

María, llena de gracia en cuerpo y alma, es venerada hoy como principio imprescindible de nueva humanidad.

2.4. La asunta en Dios

Si con la resurrección de Jesús afirmamos que la historia se abrió irreversiblemente a lo definitivo y que es la Vida la que tiene la última palabra, entonces, al confesar que María se le asoció definitivamente en cuerpo y alma, estamos celebrando que el cuerpo femenino se incorpora en Dios, en su Vida Plena en Comunión, y que María es la primera persona humana que se inserta definitivamente en el misterio trinitario de Dios.

Celebrar la asunción de María es celebrar su resurrección, su vida nueva en Dios, en la certeza de que su cuerpo no sólo no fue obstáculo para la Plenitud sino, sobre todo, mediación imprescindible para plenificarse en Dios.

Creer en la asunción de María es creer que la Vida es lo definitivo para María —y con ella para la humanidad— en cuanto que orientó y totalizó su vida en dirección de la vida que ama Dios.

2.5. Mediación y cauce de espiritualidad

Esta breve relectura de la fe de la Iglesia condensada en los dogmas marianos nos permite afirmar que Dios ha decidido comprometerse con la historia a través de lo humano.

Para realizar en plenitud su proyecto de amor, Dios ha querido necesitar de lo humano. A través de mujeres y hombres con cuerpos concretos, de sus acciones, sus gestos, sus actitudes, quiere realizar definitivamente la Alianza, la Promesa y la Liberación. Creemos que esta definitividad la ha anticipado ya en María y en Jesús.

Dios, en Jesús y en María, nos ofrece el camino alternativo para hacer de nuestros cuerpos morada del Espíritu y vehículo privilegiado de su proyecto.

3. Espiritualidad esencialmente trinitaria

En las reflexiones compartidas hasta ahora, han ido apareciendo las tres personas divinas y la apertura de María hacia ellas.

Sabemos que la Trinidad es una realidad relacional. En un intento por formular esta experiencia, hablo de Ella como Plenitud de Vida en Comunión. Identifico a la primera persona con la Plenitud, es decir, con el origen y fundamento y, al mismo tiempo, con el horizonte último de la existencia humana y de la creación. A Jesús, el Hijo, lo identifico con la Vida como compañera nutriente y dadora de sentido y orientación en nuestra vida personal y corporativa dentro de la historia, Vida que es anticipo cierto del futuro de la creación en Dios. Finalmente, veo al Espíritu como Comunión, como fuente de relaciones solidarias, como vínculo creador de redes, como fuego que fusiona intereses y los congrega en el proyecto totalizante de Dios.

Con esta metáfora de la Trinidad puedo reconocer y agradecer la diferencia de cada persona que enriquece en reciprocidad a las otras. Así, también, puedo confesar y celebrar la interdependencia imprescindible entre ellas en favor del proyecto común que comparten para que la humanidad tenga vida y la tenga en abundancia (Jn 10,10).

Desde esta relectura, ahora puedo decir que veo la espiritualidad de María como una espiritualidad orientada por y hacia la Plenitud de Vida en Comunión.

En la espiritualidad trinitaria de María descubro, con asombro y gratitud, la profundidad del misterio humano que ella simboliza en toda su densidad, y que en ella se vincula definitivamente a la profundidad del misterio de Dios en su compromiso de siempre y para siempre con nuestra historia.

3.1. Morada de la Trinidad

Porque el Espíritu vino sobre María y le cubrió con el poder de su sombra, (Cf Lc 1,35) "... la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros" (Jn 1,14), se abajó y se despojó de su grandeza para hacerse semejante a los seres humanos (Flp 2,7).

La grandeza de la Vida de Dios habitó el cuerpo de la sencilla e impotente nazarena para hacerse radicalmente cercano a nuestra historia y para identificarse con nuestra frágil, limitada y finita condición humana. ¡Paradoja escandalosa de la Trinidad!

María, como morada de la Trinidad, al ser habitada por la Plenitud de Vida en Comunión, le aportó el cauce de humanidad, las raíces del

pueblo de Israel, el contexto social y económico en el cual comunicar la Salvación.

La Trinidad, habitando a María, le aportó un cauce de realización personal, un modo plenificante de relación, un proyecto histórico de Vida en Comunión.

Experiencia que, desde la iniciativa amorosa y gratuita de Dios, se realiza en reciprocidad y sella la vida de María como fuente perenne de espiritualidad que vivifica, orienta y plenifica la condición humana.

3.2 Transparencia de Dios

En los albores del siglo I de nuestra era, en una pequeña y marginal ciudad de Palestina, bajo el dominio del imperio romano, María quedó grávida de Dios. En la historia, en nuestra historia se realizó el encuentro de la divinidad con la humanidad, de lo eterno con lo finito, de la Trascendencia con la condición humana.

En medio de confusiones y preguntas, de dudas y oscuridades, de incomprendiones y silencios, maduró la fe de María en la Comunión de Vida Plena. Dios, en su amor apasionado por la vida de la humanidad, hizo de María transparencia de su ser, de su querer, de sus preferencias.

Desde su espiritualidad sapiencial, María fue descubriendo la Comunión como realidad inherente a Dios. Con Jesús fue reconociendo gozosamente que la comunión de sangre se relativiza ante la comunión que nace de la escucha de la Palabra y de su puesta en práctica (Mt. 12,46-50).

Desde su espiritualidad de frontera, María intuyó la radical novedad de Dios. Ella dio el paso de la ley a la libertad, del silencio a la palabra, de la insignificancia al protagonismo, de la vida privada al seguimiento del Hijo. Con Jesús atravesó la frontera de la antigua a la nueva alianza, de la muerte injusta a la gloria definitiva de la resurrección.

Desde su espiritualidad de 'anawim, desde su experiencia de mujer creyente y empobrecida, María percibió el proyecto trinitario y lo transparentó en sus relaciones y en sus acciones. En el nacimiento de Jesús, acogió a los pastores y a los paganos capaces de reconocer a

Dios en el pesebre. En las bodas de Caná, percibió la carencia que interrumpiría la alegría de la fiesta e incorporó a los sirvientes en el conocimiento del don de Dios.

Desde su espiritualidad profética, María anunció las preferencias de Dios. Sabe que, como Vida Plena en Comunión, la quiere de manera especialísima para aquellas y aquellos a quienes se les niega en nombre del dios de la religión oficial. Por eso proclamó la opción de Dios en favor de los sencillos, los hambrientos, los humildes. Dios, Comunidad de Vida en Plenitud, quiere la equidad, la justicia, la inclusión y, María, las pregonas con su canto.

3.3 Presencia actual

Plenamente Viva en la Comunión trinitaria, María prolonga en la historia la presencia vivificante de Dios en medio de su pueblo.

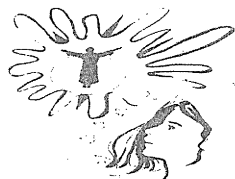
Los santuarios marianos, las ermitas, los retablos, nos hablan de la fe en María que profesa el pueblo pobre y sencillo de nuestra América Latina. Ella continúa en nuestra historia las acciones y los gestos del Hijo de Dios. Acoge en su casa a las mayorías desposeídas y las consuela en sus dolencias. María posibilita la curación de los ciegos, de los cojos, de los sordos y anuncia a los pobres la permanente esperanza en Dios.

La vida de María en el Espíritu sigue recreando hoy nuevas realidades y relaciones nuevas. Asociada definitivamente a la Vida del Hijo, ella es, en la Iglesia, modelo de discipulado y de vida interior. Con María, el pueblo de Dios peregrina en la historia aprendiendo de ella el modo de colaborar en el proyecto de Dios.

María, madre de la Iglesia, sigue generando hijas e hijos en el Hijo. Desde ella se hermanan las relaciones rotas; con María se reconcilia la humanidad consigo misma, con la creación, con Dios.

A través de María se revela Dios co-padeciendo con sus criaturas, sufriendo sus dolores, compartiendo sus alegrías, participando en sus fiestas.

Desde María, las mujeres vamos comprendiendo la importancia de nuestra maduración como personas humanas y la necesidad de nuestra participación activa y responsable en la construcción de una Iglesia con rostro humano e igualitario y en la creación de una sociedad justa, equitativa y solidaria.



María se identifica con las madres solas y con las madres de exiliados, perseguidos, torturados y asesinados. Ella permanece siempre cercana denunciando la idolatría y proclamando la Vida que ama Dios.

4. Una espiritualidad para hoy

Creo que las mujeres y los hombres de hoy podemos encontrar en María un camino plenificante de vida en el Espíritu, una alternativa de espiritualidad creyente y razonable, histórica y mística, individual, eclesial y social.

Como ella, es importante que recuperemos nuestra experiencia individual y colectiva, que la llevemos al corazón y, con discernimiento y sabiduría, descubramos los signos del querer de Dios. Para esto necesitamos espacios de vida interior, de silencio y soledad. Ahí nos encontraremos con el Espíritu que, como amor, nos vivifica, nos impulsa y nos acompaña en nuestro esfuerzo creativo y reconciliador.

Sabemos que nuestro mundo está necesitado de Dios. Con nuestro cuerpo podemos hacerlo presente en los márgenes, solidarizándonos con quienes resultan innecesarios a los ojos de los poderosos de nuestro tiempo, manchándonos las manos al acariciarles, escuchando sus lamentos, realizando signos eficaces de transformación, proclamando las preferencias del corazón de Dios. De este modo le encarnamos en nuestro cuerpo, así alumbramos cada día al Hijo de Dios.

Finalmente, como María, es necesario transparentar a Dios como Plenitud de Vida en Comunión. En ella podemos aprender cómo hacer de la diferencia una riqueza, cómo socializar el proyecto inclusivo de Dios.

María, plenamente viva e incorporada a la Trinidad, nos muestra el amor de Dios, nos acompaña en el camino del Hijo, nos impulsa a permanecer en la Vida del Espíritu que nos alienta y nos fortalece para perseverar en fidelidad en tiempos de gozo y persecución.